

porque habiendo visto á la Condeza en el otro extremo de la terraza, fué á reunirse con ella.

La niña, abandonada de aquel modo, se olvidó del blanco pájaro que volaba hacia Occidente, y apoyó su frente en el vaso de granito vacío.

Y si aquel abandono hizo correr una lágrima, corrió en silencio y fué á aumentar el agua que tenía el vaso.

## SEGUNDA PARTE.

### I.

¿Has viajado alguna vez, amado lector, á través de los pantanos del Cotentin, que he procurado describir, y que son bastantes extensos para que sólo el atravesarlos pueda considerarse como un viaje?... Si los has recorrido al fin del otoño ó en el rigor del invierno, habrás podido juzgar de la naturaleza de aquellos paisajes que se destacan sobre el fondo de Normandía, tan risueño por otra parte, y de la originalidad tan melancólica que los distingue. Estos pantanos deben verse sobre todo en invierno, pues entonces se convierten en inmensos lagos, desolados, monótonos, sin más animación que la que les prestan algunos pobres barqueros, y algunos muy escasos cazadores de garcetas y patos, sumergidos estoicamente en agua hasta los riñones, para poder hacer la puntería más de cerca. Exceptuando estas dos especies de gentes, no se ve otro ser

humano en aquellas soledades inundadas, y si acaso se encuentra algún otro viviente, es una garza taciturna que sueña sobre algunos juncos aislados ó un pez grande que salta pesadamente por algún canalizo para dirigirse al mar con sumo trabajo. Los bueyes, la vida animada de los pantanos, están encerrados en los establos, y sus mugidos no resuenan en el silencio ni en el espacio, habiéndoles sucedido los graznidos siniestros y redoblados de los cuervos, ocultos en las nubes ó entre espesas nieblas.

Para ver este terrible paisaje de invierno habían vuelto de Italia; y después de una permanencia de dos años en el país del sol, se hallaban en la estación de las lluvias en el castillo de los Sauces.

Era el mes de Diciembre, y se hallaban sentados alrededor de la chimenea, en uno de los pabellones que daban vista al pantano, la señora de Scudemor, Camila y Allán de Cynthry. La habitación era un saloncito de forma ovalada, una habitación de familia de vida íntima y recogida, amueblado con gran gusto y sencillez. Aunque el frío no se dejaba sentir mucho en aquel salón bien cerrado y cuyo suelo estaba cubierto con un grueso tapiz, un gran montón de leña ardía en la chimenea; pero no producía la llama clara y alegre de la leña

de manzano, sino la acre de la encina, fuego sombrío que produce mucho humo y poca llama, y cuyo chisporroteo, fastidioso por lo incesante, acompañaba muy bien al ruido monótono que producía el azotar continuado de la lluvia que el viento lanzaba contra los cristales de las ventanas.

Aquellos eran los únicos ruidos que se oían en el salón y fuera de él. Las tres personas guardaban profundo silencio, sea que estuviesen ocupados por algún incómodo pensamiento interior, sea que aquella mañana de Diciembre las hubiese sumido en una de esas tristezas sin causa que se atribuyen al tiempo, como si el principal motivo de todas las pesadumbres no fuese el ser criaturas humanas. El salón, gracias á la blancura del techo y de los cristales, estaba más claro que el exterior, donde no se veía sino un cielo bajo y sucio y el vapor que producía la lluvia continuada.

No se sabe si los dos años que había durado su permanencia en Italia, ó las fatigas del viaje, ó alguna otra causa, habían alterado la salud de la Condesa; pero lo cierto es que sufría de una manera visible. Los médicos le habían aconsejado mucho reposo; y como la vida de París no se prestaba bien á ello, Camila y Allán, á fuerza de súplicas, habían conseguido que se decidiera á esperar la primavera

en los Sauces. Aquellos dos años habían pesado enormemente sobre ella, y la habían envejecido de un modo terrible.

Aquel día lúgubre cuadraba muy bien con su frente más lúgubre todavía, en la que su mano procuraba alisar los cabellos, que ahora tenían un color de ceniza. Medio recostada en un sillón, miraba con la distracción de un ser que sufre, el fuego de la chimenea, cuya llama casi apagada tenía alguna semejanza con el brillo de sus ojos. Su talle había perdido su actitud imponente, y aunque conservaba muchos restos de lo que había sido, aparecía doblegado y como abatido. ¿No dejan caer las alas como las palomas, las águilas cuando han sido heridas de muerte? Una bata de seda oscura, sumamente ancha, la envolvía en sus pliegues, y la estatua ostentaba aún tan magníficos contornos, que se hubiera olvidado fácilmente que la arcilla había reemplazado al mármol.

Allán estaba de pié apoyado en la chimenea, con la espalda vuelta al espejo. No era ya el Allán de otros tiempos, aquel adolescente bello como un ángel, que hacía pensar en la hermosura de los dos sexos. Era un hombre, menos bello en la forma y en el color, pero más hermoso moralmente. El alma había desgastado su cubierta de carne, y resplandecía á

través de ella. Los hombres superficiales llaman á esto envejecer. Su barba, cuidadosamente afeitada, daba un viso azulado á su rostro, que sin esto hubiera conservado la voluptuosa morbidez del adolescente.

La huella de sus muchos sufrimientos se marcaba en la depresión del ángulo de los ojos. ¿Cuánto tiempo necesita la gota de agua, cayendo constantemente en el mismo sitio, para horadar el granito de una roca?... ¿Cuánto tiempo hace falta para que una lágrima encarnizada incruste su huella en el rostro del hombre?... Su frente byroniana, que debía al entusiasmo de su madre, ostentaba, bajo sus cabellos juveniles, lucientes y rizados, ochenta años de pensamientos profundos y de dolores punzantes.

Sin embargo, fuera del cansancio de la cara, todo su individuo respiraba juventud, una juventud plena, suave, flexible; esa juventud que hace de nosotros unos semidioses, porque no somos hombres sino á medias.

Tan distraído como la señora de Scudemor, tenía la mirada vaga fija en Camila, que se hallaba enfrente de él, cerca de una ventana, trabajando en una tapicería. Era la joven entonces lo que las mujeres en su lenguaje singular de pudor llaman *una mujer enteramente formada*. Su cabeza, de un rubio oscuro que parecía ne-

gro, y que, como la de Allán, había oscurecido en Italia, se armonizaba bien con el color de hoja muerta de la tapicería del salón; pero no se veía de su busto más que la línea ideal de su cuello, que se perdía bajo una modesta mantelita, y el cuerpo oculto en los grandes pliegues flotantes de su bata.

Tales eran los cambios que podían notarse en nuestros tres personajes. Colocados en la vida en una edad de transición, de pendientes más rápidas y de senderos tortuosos, debían siempre existir distancias entre ellos; pero ahora que los tres habían avanzado en la espiral de la montaña, crestas áridas separaban a Allán de la Condesa, mientras que entre él y Camila había pocas malezas que atravesar.

Sea que hubiera un secreto embarazo en el silencio prolongado en que estaban sumidos, del que muchas veces se desea salir aunque sea con una reflexión vulgar; sea que conservase algún recuerdo en su pensamiento de los esplendores de Italia y los comparase, por efecto del contraste, con la lluviosa Normandía, exclamó Allán:

—¿Qué diferencia entre este país y el que acabamos de dejar!

—Es verdad (respondió Camila, cuya voz no era ya la música celeste de cuando la conocimos). Desde que hemos vuelto, pienso

como vos, Allán, y conozco mejor la diferencia. Allí se vive tanto, que el exceso de vida desvanece: cuanto más lejos nos encontramos se juzga mejor. La Italia no es verdaderamente bella más que por la reflexión.

—¿Sabéis (replicó Allán) que lo que estáis diciendo al mismo tiempo que enhebráis vuestra aguja, es casi profundo, mi linda *pensadora*?

—¡Oh! Yo no pienso, señor burlón (dijo la joven con una ligereza encantadora): cuando yo siento una impresión en el alma, la digo, y eso es todo.

Y si la que decía aquellas palabras no era la más sencilla de las jóvenes, era indudablemente la más hipócrita. ¿Quién no se estremece al pensar lo que podrá ocultar el acento más natural?

—¿Recordáis (añadió repentinamente, mirándole con fijeza) nuestros largos paseos por la tarde en Venecia en aquel mar enteramente rojo? ¿Y en Florencia, cerca del Arno, donde leíais con tanta frecuencia el Petrarca? No creíamos entonces que aquellos días, que nos parecían tan hermosos, pudieran parecernoslo más todavía cuando estuviéramos en los Sauces al invierno siguiente.

—Eso es efecto del recuerdo,—dijo Allán.

—Todos los recuerdos no son resplande-

cientes, — murmuró la señora de Scudemor, que hasta entonces había permanecido callada.

Y como si se hubiera arrepentido de aquella palabra que parecía una queja :

—¿Recordáis también, Allán (continuó), qué poca prisa teníais por ver á Italia cuando emprendimos el viaje? ¿Qué desdén empleabais para hablar de ella? Yo os combatía, porque no concebía que una imaginación como la vuestra no se conmoviese ante la perspectiva de un viaje por aquel país. Confesad que después habéis expiado vuestras prevenciones, y que la habeis amado con todo el amor que rehusabais imprudentemente concederle.

Estas palabras, dichas con un acento de alegría aparente, encerraban una intención secreta para Camila, pero que no podía ocultarse á Allán, quien no respondió, y volviéndose á medias, se puso á mover con el pié uno de los morillos de la chimenea.

—Y que me alegré mucho de ello (continuó la Condesa). ¡Cuánto he gozado con vuestro entusiasmo aunque no siempre haya participado de él, lo cual llegaba algunas veces á enfadaros, al contemplar ese mundo al cual os dejabais arrastrar á vuestro pesar, y del que luego no sabíais separaros! El solitario se convirtió en un dandy. ¿Mesabréis decir á punto fijo, vos, un soñador casi salvaje, cuántos

rigodones habéis bailado en casa del embajador de Nápoles?

Indudablemente en aquella alegría se ocultaba alguna intención, intención que debía resonar sólo en los ecos del corazón de Allán. Sonidos de victoria largo tiempo esperados, y que daban á entender una derrota que producía al joven una humillación interior.

—¡Diosmío! (continuó la Condesa): diríase, amigo mío, que estáis avergonzado porque os agrada el mundo, como si no tuvieseis veinte años. ¡Vaya, vaya!: amadle, y con tanto mayor motivo, cuanto que no tendréis el mismo sentimiento para él siempre. Escuchad (añadió, cogiéndole una mano y atrayéndole cerca de su butaca): quiero que hoy me encontréis muy amable.

Y al decir estas palabras, sonreía con una gracia adorable aunque un poco coqueta, poniendo de realce la elegante é irresistible sencillez de sus maneras.

Camila levantó la cabeza y olvidó su bordado, sonriendo también bajo la impresión del encanto que irradiaba de su madre en ciertos momentos.

¡Qué espectáculo más admirable el que ofrecían estas dos sonrisas una frente á otra, la una juvenil, de nácar y púrpura, y la otra sin otro atractivo que su innegable espiritualidad!

Después de unos momentos de silencio, continuó la Condesa:

—Si habéis sido bastante generoso, amigo mío, para enterraros un interminable invierno en los Sauces, yo lo soy demasiado para aceptar semejante sacrificio. No os arrebataré á París y sus fiestas. Volved allá; os lo permito, os lo suplico, lo deseo. Volved allá, y escribidnos, y después regresad á la primavera para contarnos vuestros placeres.

—Os lo agradezco (dijo Allán con un embarazo visible); pero tengo gran interés en probaros que no me agrada el mundo tanto como suponéis; ó al menos que no le busco con esa afición que decís. Mi sitio es aquí, y no en otra parte alguna. Estáis delicada, y yo, para quien habéis sido una madre, y á quien habéis arrancado á las garras de la muerte aquí mismo; yo (insistió estrechando con expresión la mano de la Condesa, que tenía entre las suyas) tengo obligación de cuidaros.

Por más objeciones que expuso para combatir aquella resolución que era indestructible, todas fueron perdidas, á pesar de que Allán, con motivo de la presencia de Camila, no pudo exponer un argumento que no tenía réplica. Pero si el sentimiento en que se fundaba aquel argumento existía aún, ¿por qué eran las alusiones de la Condesa á Italia, y á la afición al

mundo que Allán había demostrado?... ¿Por qué había expresado el deseo de verle pasar el invierno en París? Y si era consecuencia del disimulo á que se veían obligados uno y otro, ¿qué motivaba el embarazo de Allán? ¿No era permitido creer que los quince meses que acababan de transcurrir ocultaban un cambio interior más profundo que el aparente que se había verificado en ellos? Para contar los años no debe calcularse por los estragos que hacen en las facciones, sino por los que causan en el alma.

Los antiguos, para simbolizar la inmortalidad, la representaron por una cabeza de muerto, sobre la cual una mariposa agitaba las alas. Pero semejante ingeniosa imagen se volvía contraria de la idea que quería expresar, porque la mariposa no podía significar más que la fragilidad de la vida, y la cabeza de muerto el alma humana, que al menos en sus sentimientos no es inmortal, y sobre la cual la mariposa, la vida, con las alas extendidas, parece con mucha frecuencia una cruel ironía del destino.

## II.

La condesa Iseult de Scudemor había sido una verdadera profetisa. Aquella sibila de las pasiones apagadas había medido el amor de Allán con una medida que no se equivoca nunca: con la experiencia de la naturaleza humana, y los dos años transcurridos le habían probado la exactitud de sus previsiones.

Mientras su permanencia en Italia, Allán (¿tendremos necesidad de decirlo?) había vuelto á la vida que sus injusticias para con la Condesa habían interrumpido. ¡Ah! la nobleza de las almas apasionadas no dura mucho tiempo. El joven la amaba aún bastante (sabéis lo que es un primer amor), para no experimentar sed del placer doloroso de que tanto había bebido. Si hubiese hallado una repugnancia, una objeción, la milésima parte de una negativa, tal vez hubiese vuelto á pensar en las resoluciones que abandonaba, y hubiese vuelto á insistir en ellas. Tal vez, avergonzado de no hallarse al nivel del amor que él había llama-

do el más grande, porque era el más puro, hubiese vuelto á sus remordimientos para perderlos en una adoración respetuosa....

Pero Iseult no dió ocasión á esta conducta, y permaneció lo que siempre había sido: odalisca que no recogía el pañuelo, pero que jamás volvía la cabeza.

Cuando no hay una mata siquiera que resista la marea, la playa es fácilmente invadida. Cuando el hombre conoce que no tiene más que querer para poder, quiere, ó bien el deseo ha muerto en su alma. Por poco que sea, la idea de que se puede produce el vértigo. Sería preciso ser Dios para resistir; y aun Dios, sin la gracia y con la libertad que ha dado al hombre, sería la indiferencia. ¡Pensamiento horrible! No se podría suponer un deseo en la omnipotencia infinita sin suponer el caos, ó mejor, sin negar al mismo Dios. ¿Qué queréis, pues, que le suceda al hombre, cuando tiene el deseo y le enviáis el poder?

Allán fué un ejemplo más que añadir á la fragilidad humana.

Todo produjo en él motivos de desfallecimiento, causas de caída, razones para ser insaciable en aquel viaje de dos años con la mujer amada. ¿Recordáis que ella se lo había dicho una tarde?... ¡El viaje tiene tantos detalles, tantos descuidos, tantas cosas imprevistas! Ver -

daderamente los lazos cercaban á Allán por todas partes. Indescriptibles jornadas que unen por nuevas costumbres á los mismos que las costumbres antiguas habían separado y estaban á punto de alejarse; renovación de emociones que no se creía volver á experimentar cuando una vez nos han abandonado.... En la vida más íntima no se está siempre uno al lado del otro, porque muchas cosas de fuera vienen á interponerse; las distracciones nos separan; pero en viaje nada interrumpe los días pasados juntos, los movimientos de una voluptuosidad irritante del carruaje, que os aproximan á cada ondulación. Nunca habéis visto á aquella mujer de esa manera, á todas las fases de la luz, desde la mañana hasta la noche, y la noche os sorprende rendido, no pudiendo ya resistir tantas emociones como se han aglomerado en veinticuatro horas. Y si el viaje es largo, cuando se llega al término, ¿no se siente un peso de deseos que sofoca, y del que se ansía desembarazarse? ¿Y si es á Italia donde se llega (Italia, donde se van á buscar las pasiones), á ese país hermoso como la mujer y maldito como ella, las serpientes adormecidas levantan la cabeza bajo aquel sol donde van á calentarse los enfermos, y el cual se dice que impide morir?

Pero esta fase del amor de Allán era el



último movimiento de ascensión, después del cual no encontró ya más que una pendiente para descender. Hay sentimientos que mueren repentinamente, como heridos de un rayo invisible, y entonces es la nada que mata al hombre; y hay otros que se enervan y olvidan con lentitud: es el hombre que combate, batalla perdida desde el momento en que se empeña, con esa nada más fuerte que él. El amor de Allán fué de estos últimos: hubiese sido muy difícil seguir sus insensibles gradaciones de descenso, y probablemente el mismo Allán no supo darse cuenta de ellas hasta muy tarde.

Cualquiera que fuese la época en que el joven pudo juzgar el vacío inmenso que el amor que se desvanecía dejaba en su alma (porque ¿quién sabe el día en que cayó de la frente de la mujer la columna luminosa que nos la mostraba, dejando la oscuridad enfrente de la imaginación cansada?), siempre experimentó una vergüenza secreta que le impidió confesarlo; y cuando ya no tuvo posibilidad de equivocarse con respecto á lo que experimentaba, no encontró valor suficiente para confesarlo á la señora de Scudemor.

Por efecto de una necia delicadeza, se creía obligado á cumplir las promesas que el amor hacía con toda seguridad cuando era robusto y

ardiente. No se quiere aceptar el mentís que da la eternidad en que se creía, y aunque en la posición de Allán no había miedo de lastimar un corazón, siguió hablando de amor, aun cuando ya no le sintiera.

Imaginación llena de fuerza, se exaltaba hablando de un sentimiento que se apagaba, y conseguía engañarse á sí mismo y engañar á Iseult; pero al día siguiente, cuando no estaba en su presencia, cuando había salido á caballo, según su costumbre, para estudiar algunos paisajes, en ese momento en que el aire es tan puro y el día tan radiante que nuestra alma parece iluminada, miraba en su interior con firmeza, y veía, claro como el sol de Italia, que ya no la amaba.

—¿Por qué (se preguntaba) no me adivina como antes?

Y, sin embargo, hacía todo lo posible por engañarla, y es seguro que si ella le hubiese dicho la verdad, se la hubiese negado. Porque tal es nuestra inconsecuencia. Dividido entre la vergüenza de confesar la falta de un sentimiento en que había puesto su orgullo, y tener que prodigar expresiones que no sentía, no sabía qué partido tomar, y deseaba una casualidad que le evitase el trabajo de obrar. Se sufre con esa debilidad, pero no se procura vencerla, ni más ni menos que si fuera una

fuerza terrible. Estado del alma mezclado de una fatiga sin reposo y de una amargura secreta: confusión de fluctuaciones en que el carácter pierde toda su dignidad.

Entonces fué cuando se lanzó á la vida exterior, refugio impotente de todos los miserables, lo mismo por el corazón que por el pensamiento, y no se contentó con la naturaleza exuberante del país que habitaba, sino que también se lanzó al mundo, entregándose á él como á un amigo que le salvaba de sí mismo, y que se apoderó de él, sujetándole por todas sus ideas, y por la cintura de todas las que bailaban con él.

La Condesa, que no había querido creer demasiado pronto el cambio que esperaba con impaciencia, estaba muy satisfecha al ver que las distracciones se apoderaban vivamente del joven, sacándole de la fijeza de su pasión. ¡Cuántas veces buscaba con profunda mirada, alrededor suyo, entre aquellas innumerables mujeres que asistían á las fiestas, una rival dichosa que le robase el amor de Allán! Pero como nunca la encontraba, era esta una razón para creer que aquel deplorable amor subsistía siempre.

Aunque nada había cambiado, al parecer, en su existencia, desde que estaban en Italia se encontraban más libres y más ocultos á los ojos de Camila.

Allán no había llegado á la posición de esos maridos sin amor, á los cuales no les importa nada la mujer; no había descendido tanto; y algunas veces se hacía ilusiones rápidas, encendiéndose en los recuerdos. El despecho que le hacía mirar con pena el minuterio del reloj en los salones donde pasaba una parte de las noches, no le seguía cuando entraba en la habitación de Iseult, encontrando en cierto modo su amor en el umbral de la puerta, aunque á la mañana siguiente se desvanecía; pero no estaba lejos, á no dudarlo, el día en que no lo volvería á encontrar.

No faltaban á aquel joven ninguna de las fases del envilecimiento, y al estudiarse en todas ellas se sonreía con horror. Como todo el que es joven, había habitado en las regiones de la exaltación, y ahora descendía á un terreno cenagoso y fétido, con el pecho acostumbrado á todas las purezas del cielo. ¿Dónde estaba la poesía de su amor? Veinte veces había chocado con las realidades groseras; pero, al fin, eso no era más que una mancha.

Ahora el amor había huído, quedando sola la realidad, y no era la pasión ciega y ardiente lo que le encadenaba, puesto que sabía muy bien que era una cobarde debilidad. Sufría siempre; pero ahora no tenía la recompensa de sufrir con el orgullo de un amor sin espe-

ranza. No tenía ya aquellas generosas cóleras contra sí mismo, aquellos intrépidos movimientos que nos hacen destrozarnos el corazón cuando no fraternizamos con nosotros mismos. Si duraba algún tiempo aquella vida indigna, se degradaría por completo.

En la época en que iban á dejar la Italia, una enfermedad de abatimiento que experimentó la señora de Scudemor, alteró las relaciones que existían entre ella y el joven. Tal vez también una intuición algo tardía había penetrado en el espíritu de Iseult; pero no lo manifestó, y sólo se aprovechó de su padecimiento para impedir una intimidad que se asemejaba al matrimonio, como los hombres le han hecho, profanándole. Una delicadeza digna impidió al amante hacer la menor pregunta: entre los seres distinguidos hay explicaciones imposibles cuando se trata de cosas menos nobles pertenecientes á su existencia en común.

Si las grandes miserias os interesan, los que leéis esta historia podéis continuar.... Un sufrimiento de esta especie vino muy á propósito para Allán; pues le libraba de una confesión que no tenía valor para hacer, y por otra parte la vanidad del amor, esa vanidad que nace de sus cenizas, le impedía también decir lo que en su interior pasaba. El desgra-

ciado respiró: tenía muchas razones para despreciarse; pero ya se menospreció algo menos, y esto consistía en que el hombre no tiene valor para conservar mucho tiempo el desprecio de sí mismo. Casi siempre es un dolor el que excita tal pensamiento, y cuando falta el dolor, pierde aquel punzante aguijón que le hacía conservarse, y se duerme en la herida que ha causado.

El gozar de mayor libertad le volvió amable, porque se es amable á condición de no estar apasionado, y todas las personalidades ardientes que saben amar, son todo menos amables. Turban la vida de los demás; pero no la embellecen. La amabilidad debería ser incluida en las bellas artes, con las que tiene tanta analogía. En lugar de la pasión turbulenta que antes esparcía alrededor de la vida de la Condesa, la rodeó de los cuidados más tiernos y más afectuosos, demostrándola una especie de culto silencioso, en el cual podía verse aún el amor, pero en el que hubiera podido apreciarse también una ternura de distinto género.

Cualquiera que sea el resultado que tenga para el carácter un gran amor, ya le doblegue, ya le quiebre, no puede negarse que si el hombre escapa de él, el espíritu gana mucho con esa escuela tan ruda; pues ejerciendo su actividad, se la dobla. Pero este progreso no se ad-

vierte hasta que se ha salido de la absorción que le ha producido concentrándose. Allán tuvo pronto la prueba de esta verdad: entraba en la vida del pensamiento, á medida que salía de la de los sentidos, enriquecido con la multitud de ideas que ésta le había hecho conocer. Momento grave en que el hombre vuelve á emprender la tarea de pensar, después que ha terminado la de sufrir.

Cuando sintió los primeros síntomas de su malestar, la señora de Scudemor expresó su deseo de volver á Francia; inocente capricho de enfermo que Allán y Camila, á quienes ella, con una gracia encantadora, llamaba *sus hijos*, no pensaron en contrariar, á pesar de que uno y otro adoraban el país que se veían precisados á abandonar.

Allán sentía menos entusiasmo que la niña. Á no dudarlo, ella había experimentado más el placer del corazón, que hace mirar alrededor de sí, y enamorarse de lo que es bello; pero ¿no había en su preferencia por Italia otra cosa que las adoraciones de que los místicos hacen su última palabra? Había partido del castillo de los Sauces con la creencia de que aquel lugar le causaría la desgracia si permanecía en él. ¿No había perdido allí la afección de Allán, al que se había acostumbrado á mirar siempre como su hermano? En Italia,

por el contrario, Allán había sido con ella afectuoso, sin continuar usando sus bruscos modales, mostrándose dulce y compasivo á su lado.

Y esta conducta se comprendía bien. Extinguído el amor de Allán á la señora de Scudemor, Camila no era ya para él la inocente niña en cuya compañía había pasado la infancia; y había también otra razón para que renaciera su interés por Camila. Durante su permanencia en Italia, la niña había llegado á esa edad en que las niñas más locas se convierten en personas formales, presentando un notable contraste entre la frescura, la viveza de la juventud y la gravedad encantadora que no se permite una sonrisa, como si Dios se hubiese complacido en poner un pensamiento en una rosa en lugar de un perfume.

Este renacimiento de la amistad de Allán, esta nueva aproximación que la joven no buscaba, pero que deseaba y no se atrevía á esperar (pobre niña, á quien el sufrimiento había vuelto desconfiada), había establecido á sus ojos entre los Sauces é Italia una diferencia mayor que la de sus soles; así es que la idea de volver á Francia la entristeció, y el viaje hizo su pesar más amargo, recordándole que cada jornada la alejaba muchas leguas de su querida Italia.

Durante el día disimulaba en parte sus impresiones; pero por la noche, á esa hora que se puede llamar la de la marea de las lágrimas, se asomaba á la portezuela del carruaje y lloraba, mientras que Allán y su madre la creían ocupada en respirar el aire saturado de los perfumes de aquellos climas. Es la primera vez que, con un maravilloso y enternecido reconocimiento, que casi rayaba en lo absurdo, se haya sabido hasta qué grado llegaba la felicidad en el país mismo en que se ha sido dichoso.

## III.

Volviendo á los Sauces con tal sentimiento de pena, la señorita de Scudemor veía de nuevo el país que no amaba en pleno invierno, estación que le quitaba lo único que hubiera podido recordarle débilmente la Italia. Si Allán no hubiera estado tan afectuoso con ella, habría sido muy desgraciada.

Nunca había hecho la menor alusión á la felicidad que experimentara cuando había vuelto á acercarse á ella, tratándola como en otro tiempo; pero aquella dicha inesperada la sostenía contra el fastidio del presente y contra los presentimientos del porvenir. En efecto; su posición era muy triste, teniendo que pasar el invierno en la soledad más completa, después de haber frecuentado el mundo adonde su madre la había llevado en Italia, despertando los instintos que duermen en toda mujer y le hacen amar las fiestas, los adornos y toda esa vida de los ojos que precede siempre á la del amor.